

**Hospital de campaña**

Jaime Noguera (@noguera_jaime)*

Low cost

«No podemos vivir siempre de baratillo. ¡La vida no es una temporada de rebajas!» Y toma aire, mientras yo termino mi café. Estábamos comentando la última de Ryanair, con lo de los millones en indemnizaciones, que si se habían marchado los pilotos, que si las huelgas de controladores... ¡Los directivos minimizando las realidades, quitándose responsabilidades! Y comenzamos a compararlo con nuestras vidas.

El momento social es cicatero. Buscamos el máximo rendimiento para el mínimo esfuerzo, cosa que, según y dónde, puede tener sentido; pero no para las cosas fundamentales. Por ejemplo, no se puede aprender sin esfuerzo: «El eterno problema de los españoles con el inglés es querer aprender en seis semanas y sin estudiar, algo que, cabalmente, requiere unas 3.000 horas de trabajo». ¿Y lo de los hijos en los colegios, que pueden pasar de curso sin aprobar? ¿Y lo de confundir trabajar con echar horas? ¿Y lo de pensar que se tienen, digamos, 15 años de experiencia profesional... cuando se tiene un año repetido 15 veces?

¿Y lo de ir a Misa a por un *dos por uno*, como al supermercado? «No te entiendo», «sí, hombre, llegas tarde a Misa, aguardas cola para confesarte, continúas con la Misa por donde vaya, y aún preguntas, de manera retórica, si *te vale*». ¡Olé ahí! Todo ello después de haber encajado la asistencia entre los demás compromisos familiares y sociales del domingo, tipo aperitivo, limpiar la casa, el partido, descansar, etc. ¡Menos mal que hay Misas a todas horas y en muchos sitios! Y eso que «ni la Iglesia entiende los signos de los tiempos ni los curas dan facilidades [sic]».

Pensamos que hablando de precios, vamos a comprender el valor de las cosas. Error. Nos quejamos porque no nos dan duros a peseta. Y lo deberíamos saber de antemano. Un día nos vamos a encontrar con que, con un billete que nos ha costado menos que un desayuno, nos quedaremos en tierra, porque no habrá avión al que subirse ni piloto que lo lleve. La culpa será, cómo no, de otro. Ese domingo no iremos a Misa, porque la semana habrá sido muy dura y «ya me entiendo yo con Dios...».

*Diácono permanente

**Periferias**

Pepa Torres*

Trabajo y racismo

A cabo de leer el último informe anual de SOS Racismo en el Estado español y me ha llamado preocupantemente la atención el incremento del racismo y la islamofobia en nuestro país y el discurso de la discriminación con que se viene alimentando. Me he detenido especialmente en el capítulo que aborda la discriminación laboral. Las situaciones recogidas se parecen a muchas otras similares que también conozco, que afectan a hombres y mujeres de mi barrio y que en su momento se organizaron con otras personas y colectivos para denunciarlo.

Como Tania, a la que, durante los ocho meses que trabajó como ayudante de cocina, su jefe aplazaba permanentemente el pago con el pretexto de que tenía que pagar unas deudas del local y que al mes siguiente le pagaría sin falta, sumándole todo lo que le debía. Sin embargo nunca llegó a hacerlo, hasta que Tania descubrió que ni siquiera le había dado de alta en la Seguridad Social y, apoyada por una asociación de mujeres, le puso una denuncia en la Inspección de Trabajo bajo la per-

plejidad de su jefe, que nunca imaginó que una mujer con pañuelo se iba a atrever a ello.

O como Basirou, que firmó un contrato como camarero de 20 horas pero trabajaba el doble y le obligaban a hacerlo de forma itinerante en todas las terrazas de los siete bares que tenía su jefe, además de aguantar sus comentarios y bromas racistas... y que, cuando un día decidió encarar los comentarios de su jefe sobre su color de piel y exigió que su trabajo se ajustara a las condiciones de su contrato, fue despedido sin aviso previo y sin finiquito. Pero Basirou había aprendido en unos talleres de información laboral impartidos en un centro de acogida a inmigrantes dos palabras que ahora repite sin cesar como si fueran mágicas: «No conforme». Gracias a eso pudo ganar la demanda de despido improcedente a su jefe.

Todos siempre somos mucho más que un estereotipo y, sobre todo, como dice Basirou, lo que se lucha se gana; por lo menos la dignidad de intentarlo y de no perder el respeto hacia uno mismo.

*Red Interlavapiés

**Desde la misión**

Pau Vidal, SJ*

Profesora en el exilio

«Soy Leila, profesora en el campo de refugiados de Gendrassa, en Maban. Tuvimos que huir de Blue Nile (Sudán) por la guerra, venían a buscar el oro y el cromo. Cuando denunciarnos la situación nos empezaron a bombardear. Nunca pensé que un día me convertiría en una refugiada. Los bombardeos se intensificaron y tuvimos que huir y buscar refugio en Sudán del Sur. Cuando abandonamos nuestra casa tenía 23 años, estaba embarazada y con tres hijos. El viaje duró un mes entero. Mucha gente sufrió hambre y sed. Algunos se perdieron por el bosque buscando agua. Otros perdieron la vida».

Leila tuvo que huir de su tierra en Sudán en 2011 por los bombardeos indiscriminados sobre la población civil. Llegó a Sudán del Sur, el país más joven del planeta, con la esperanza de encontrar un poco de paz, pero en 2013 el país que la acogía empezó una guerra civil brutal en la que han muerto decenas de miles de personas y se han visto desplazadas más de cuatro millones. Leila, su familia y el resto

de refugiados en Maban se encuentran atrapados entre dos guerras.

Leila hoy es profesora de Primaria en uno de los campos de refugiados de Maban. En un contexto en que la mayoría de los niños y niñas no tienen acceso a la educación, y sobre todo considerando que las muchachas a menudo no pueden terminar ni la escuela primaria, su testimonio es un ejemplo para todos y todas. Las muchachas jóvenes la admiran y desearían ser como ella, pero a muchas sus familias van a casarlas a los 13 o 14 años.

«Cuando enseño me siento feliz, porque sé que mis alumnos van a conocer sus derechos. He escogido ser profesora porque quiero ayudar a los niños y niñas a avanzar y saber lo que es bueno y lo que es malo. La educación traerá la paz a mi país, porque en el momento en que los estudiantes hayan completado la educación conocerán sus derechos y sabrán cómo traer la paz a través del bolígrafo y la mesa de negociación».

Su vida, su sonrisa, su tesón, me impulsan a seguir caminando con este pueblo castigado y golpeado pero siempre dispuesto a seguir adelante, a vivir con sentido el tiempo de exilio.

*Misionero en Maban, campo de refugiados de Sudán del Sur

Andrew Ash / JRS

